

Idola Fori*

“Toda convicción es una esclavitud”¹ dice Torres en una de las páginas de su brillante libro titulado *Idola Fori*. Bastaría con esta frase de una profundidad increíble, para hacer una reflexión acerca del sentido de la verdad o de la certeza, que es, en el fondo, y a nuestro juicio, la exposición central de la obra.

Conocedor, como pocos, del pensamiento europeo, a nivel científico, político, filosófico y religioso, Torres nos conduce a través de su libro por un laberinto dentro del cual, a veces se encuentra uno sin salidas, por los planteamientos extremistas que postulan las diferentes doctrinas; extremismos a los cuales el autor hace frente y trata de explicarlos:

Por tal fatalidad de nuestra formación mental, existe entre nosotros como impulso nativo la tendencia a levantar a inconclusa verdad la idea consagrada por la moda o

* TORRES, Carlos Arturo, *Idola Fori*, Bogotá, 1935. *Idola Fori (ídolos del foro)*, supersticiones, creencias que sin una base real se constituyen en dogmas que inspiran conductas cerradas o fanáticas, en todos los campos de la vida social.

¹*Ibidem*, p. 67.

por la fe hermética en la predicación de nuestros directores espirituales².

Pero también existen los que levantan “no ya las doctrinas que forman el ambiente de una generación, sino la especulación novísima, la teoría de última hora, así sea la más delirante, absurda y antihumana; es para emplear la concreción de Tarde, la imitación-moda que se contrapone a la imitación-costumbre”³.

Los fanatismos de todo tipo son el objeto de su crítica, porque esa actitud es la que impide hacer filosofía, hacer ciencia y elaborar pensamiento creativo. Con frecuencia, los nuevos críticos de las viejas doctrinas se convierten en nuevos dogmáticos, actitud que parece ser una constante histórica. Y ello implica actores sociales que deberían por su preparación y el rol que juegan en la sociedad, asumir una actitud abierta. Nos referimos a los maestros, de los cuales Torres dice cosas que asumen hoy su plena vigencia: “... el maestro de hoy, sustituye al de ayer y lo hace olvidar, pero en el aparente cambio adviértese cual carácter específico y nexos evidente entre los afiliados, la misma intransigencia de

²*Ibidem*, p. 34.

³ *Ibidem*, p. 35.

bandería, el mismo criterio de lo absoluto, la misma íntima incompreensión del devenir humano y de la plasticidad de toda materia de investigación, de la noción de la relatividad...”⁴.

A veces, esta situación no es siquiera el resultado de una reflexión sino que se deriva simple y llanamente “del hábito gregario del hipnotismo de una palabra, de la imitación, del espíritu de escuela, de la pasión irrazonada de partido”⁵.

Y es que los hombres, por lo general, tienden a ser más pasionales que racionales, y convierten la razón, su razón particular, sin darse cuenta, en una pasión con caracteres de racionalidad universal, lo que los lleva a ubicarse siempre en extremismos excluyentes, en donde el mundo es blanco o negro, bueno o malo, sin términos medios. Allí lo blanco y lo bueno, es el pensamiento del fanático. Lo negro y lo malo, el pensamiento de su oponente.

Y no importa la supuesta bondad de la idea que se defiende. Se puede odiar y matar en nombre de Dios o de la libertad y, lo que es más grave, en nombre de los mandamientos del

⁴ *Ibidem.* p. 35.

⁵ P. 33.

amor del cristianismo, como nos lo enseña la historia con los ejemplos de las Cruzadas y de la Inquisición. Por eso, Torres toma las palabras de Bernard Shaw, para hacer constar que “la libertad tiene su fanático como la opresión, y (que) el que mata un rey y el que muere por un rey, son igualmente idólatras”⁶.

Frente a estos extremismos, Torres admira el pensamiento de su tiempo, por cuanto, con todas sus contradicciones, sus rectificaciones, sus contrapuestos puntos de vista, establece, en definitiva, un postulado superior, el concepto de relatividad, y un corolario indispensable, la tolerancia de la inteligencia⁷.

Y es que Torres, por la experiencia histórica y por su experiencia individual, ha llegado a la conclusión de que, para comprender la esencia de las cosas y conquistar átomos de conocimiento sobre el misterio universal, no tiene el hombre más luz que la de su propia inteligencia, “y esa inteligencia, digan lo que quieran el audaz idealismo de

⁶ P. 37.

⁷ P. 66.

Eucken y la novísima filosofía alemana, no puede alcanzar lo absoluto”⁸.

Pero Torres no se queda en un agnosticismo como pudiera creerse. Frente a dogmatismos y relativismos, defiende el concepto de *transformación*, que sintetiza lo viejo y lo nuevo. Lo expresa con una bella comparación:

Toda creencia razonada, todo conocimiento superior, implican una transformada elaboración interna, más o menos consciente, y que es comparable con la del carburo que llega a diamante, una verdadera transfiguración.

Para Torres, prácticamente toda la historia ha sido una fábrica de *Idola Fori*, supersticiones y creencias sin mayor fundamento y por las cuales los hombres odian y algunas veces se matan. Y eso incluye a la ciencia mal entendida, ya que siendo ella un resultado del espíritu liberal, al desembocar en el determinismo, se constituye en el más feroz ataque a las ideas de libertad.

⁸ P. 57.

Su visión antiabsolutista de la historia es de una *actitud pedagógica* sorprendente:

Ciertamente no se puede pedir a la historia el que forme juicios definitivos, pero el mismo conflicto entre los puntos de vista es en sí mismo una alta enseñanza de tolerancia; al ver la dificultad que se tiene para juzgar con exactitud, no solamente un acontecimiento, sino un hombre, se impone la indulgencia para las divergencias de opinión y se llega a no comprender el odio o el desprecio que las diferencias en política o en religión suscitan⁹.

Por eso, Torres denomina a la historia como “el estudio emancipatorio por excelencia...”¹⁰.

El mensaje de Torres es un canto de libertad humana, libre de todo prejuicio o superstición. Ante su análisis, toda

⁹ *Ibidem*.p 78.

¹⁰ *Ibidem*,

verdad, que se considere absoluta, cae y se desintegra como un ídolo de barro.

Y no es que, para él, los hombres no puedan tener convicciones o que no puedan vivir sin ellas, pero las enseñanzas de la historia lo llevan a concluir con algo que es importante para la vida de cualquiera que pretenda sentirse como intelectual:

Toda convicción es una fuerza, pero es preciso que no sea una fuerza ciega y estática, un instrumento de opresión y de parálisis sino un impulso generoso y fecundo, que sea el resultado de la crítica libre e ilimitada, no de la modelación de la mente por las ideas preconcebidas, por las escuelas y las tradiciones, ni de la imposición de actitudes -que casi siempre son pose-predeterminadas por las exigencias gregarias o de bandería, por los intereses particulares o colectivos¹¹

¹¹ *Ibíd.*, p. 191.

Buena lección para todos aquellos que queremos lograr la objetividad o la verdad en la aprehensión del mundo. Porque, en ocasiones, nos constituimos en el límite del conocimiento, y en una desconcertante actitud, antihistórica y antihumana, construimos un detestable “Idolo del foro”: vivimos convencidos de que la verdad de los otros caduca y que la nuestra, ¡permanece!